

alejandro jorner

me voy a casar contigo

se llama cristina. tiene veinte años y un lunar junto al ombligo. dice cosas como "nadie me explicó que fuera a ser tan difícil" o "la verdad es que el mundo va en una dirección y yo en otra". pero es un cielo de niña. lo sé porque me regaló una foto en la que estaba ella desnuda y tres canciones de "crystal castles".

cristina

me voy a casar contigo.

me voy a casar contigo porque estoy enamorada de ti

y porque mi madre anda delicada de salud

y yo no quiero darle un disgusto.

me voy a casar contigo y vamos a tener dos hijos.

vamos a tener dos hijos sin ningún deseo de tenerlos.

vamos a tenerlos porque sí,

porque la gente, después de casarse, tiene hijos.

y vamos a ser muy felices,

vamos a ser la hostia de felices una temporadita.

al principio, yo voy a trabajar.

voy a trabajar en una empresa de ventas

de material pornográfico por internet.

y voy a ganar bastante dinero.
un dinero que nos va a ser de gran ayuda
porque tú vas a pasar largas temporadas en el paro.

al cabo de unos años,
te van a hacer fijo en el hospital y me vas a pedir
que deje el trabajo
porque no soy un buen ejemplo para nuestros hijos.
y yo voy a dejar el trabajo.
voy a dejar el trabajo
porque ya estoy más que harta
de estar delante del ordenador diez horas al día
y, además, ocuparme de la casa, de los críos y de tu madre
(que ha tenido una apoplejía y necesita que alguien se haga cargo de
ella).

voy a dejar el trabajo, en el que no me paso nada mal
y me voy a dedicar, en exclusiva, a ti y a nuestros hijos.
nuestros hijos son insoportables.

son un par de hijos de puta egoístas, vagos, incultos, machistas y
desagradecidos.

yo me voy a acostumbrar a mandarlos a la mierda
quinientas veces al día
y tú te vas a acostumbrar a decirme que soy un desastre
como madre
y que, como mujer, dejo bastante que desear
porque ya no me apetece follar contigo.

así que no nos va a quedar más remedio que darnos cuenta
de que hace demasiado tiempo que ya no somos la hostia de felices
y, uno de los dos, que, inevitablemente, seré yo,
va a tener que decidir
que ya no merece la pena seguir intentándolo.

el divorcio va a ser bastante complicado
y nos vamos a hacer todo el daño que podamos.
nos vamos a hacer la hostia de daño:
vamos a meter, entre tú y yo, a un par de abogados
hijos de la gran puta
para que nos ayuden a destrozarnos.
yo voy a elegir una abogada, porque, a la hora de joder,
creo que las mujeres joden más y mejor.
por consejo de ella, en el juicio voy a decir que la tienes pequeña y
torcida,
que te corres antes de que yo haya empezado a enterarme
y que me maltratas psicológicamente.
las dos primeras cosas son ciertas, la tercera, no.
pero no va a importar en absoluto que mienta porque
la vas a cagar acusándome de haber trabajado
un montón de años en la pornografía
y la juez, además de mujer, es forofa de nacho vidal.
así que te voy a ganar por k.o. en el primer asalto:
te voy a joder la pasta y te voy a quitar a tus hijos.
te voy a quitar a tus hijos y me voy a joder a mí misma
porque voy a tener que aguantar a unos críos que detesto.

pero no importa: al cabo de un tiempo, los voy a convencer,
sin que se den cuenta,
de que, en realidad, ellos prefieren vivir con su padre.
y te van a hacer la vida imposible porque, para entonces,
tú tienes una novia de veinticinco
y te viene fatal lo de las criaturas.

yo, una vez libre,
voy a volver a trabajar en el rollo de la pornografía

y voy a pasar una larga temporada de promiscuidad.
pero de mucha, muchísima promiscuidad.

después, harta ya del "aquí te pillo, aquí te mato",
me voy a casar con un buen hombre
que es gerente de una empresa de envasados
y, por un momento, voy a pensar que he rehecho mi vida.

pero el gerente me va a abandonar al cabo de catorce meses,
cuando ya no puede soportar más
el rencor que le escupo cada día.

y cuando el tiempo haya pasado un poco más y ya tenga cincuenta y
cuatro años,

una noche voy a entrar sola en un restaurante,
me voy a sentar en un rincón de poca luz
y te voy a descubrir, solo, en otro rincón de poca luz.
y, por un segundo, vas a levantar la vista del plato
y tu mirada se va a encontrar con la mía.

y en ese instante,

esa mirada,

que va a ser la última que crucemos en nuestra vida,

va a contener toda la decepción de haber vivido,

de seguir vivos aún

y de haber perdido para siempre lo que nunca fuimos capaces de
buscar.

después, voy a dejar la cena en el plato

y voy a salir a una calle que hace tiempo que me ignora

y voy a dejar que un coche de velocidad excesiva

destroce lo poco que queda de mí.

y entonces,

(perdóname por no mirarte cuando sales corriendo

del restaurante)

entonces, voy a cerrar los ojos despacio

para poder despedirme en silencio y con el mínimo rencor, de la mujer que he sido.

la cañada. abril 2003